

Izquierdas: ser y apariencia

Por Joaquín SÁNCHEZ MACGRÉGOR
CCYDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

A QUI SE ADOPTA UN ENFOQUE DE FILOSOFÍA DE LA HISTORIA. Quiere decir que se trata de establecer un uso crítico y selectivo de los datos que pudiese brindar el curso/discurso, en relación al tema de estudio, las izquierdas en este caso.

Cabe una pregunta doble: ¿por qué “un uso crítico y selectivo”? ¿para qué eso de “curso/discurso”?

La claridad al respecto podrá iluminar el compromiso doble del cual se arranca: con las izquierdas y con la transición democrática en México. Este punto de partida deberá marcar con su sello cada una de las etapas de nuestro recorrido, pero, sobre todo, las conclusiones a que haya lugar, cuidando siempre de no violentar los hechos.

Hay que validarlo y legitimarlo, porque constituye algo más que una hipótesis de trabajo y un marco de referencia; constituye el enfoque metodológico y, a la vez, el criterio de verdad esenciales en cualquier investigación, pero más en una como ésta, donde se pone en juego la ideología, de principio a fin.

La dialéctica es, ante todo, un diálogo con el Otro. Al menos, tal como se propone en esta investigación. Y como lo entendiera Platón, en lo fundamental, claro, con una serie de matices metafísicos, importantes dentro de su filosofía, pero que aquí no vienen al caso, puesto que se pone en juego el valor democrático de los hechos, valor inapreciable para el orden de los proyectos, donde, en consecuencia, se le da prioridad al futuro, sin que tenga que renunciarse, por ello, a las explicaciones del pasado y lo presente con criterios, si no democráticos, sí humanistas, dialogales y dialécticos. La democracia, en sentido estricto, es un fenómeno propio de la modernidad y de sus revoluciones políticas.

El diálogo, por definición, es siempre respetuoso de cada uno de los comunicadores, ya que éstos, para que haya diálogo deberán estar en pie de igualdad al entablar una comunicación retro-alimentadora, capicúa, de doble dirección, simétrica.

La propuesta es clara: una concepción dialogal de la dialéctica y, a la vez, una concepción dialéctica del diálogo. Pero, ¿cómo aplicarla, en su carácter tan abstracto, a los comunicadores que se dan cita en el terreno de la historia, es decir, en el curso/discurso? Echando mano de la Tabla de categorías, la misma de *Tiempo de Bolívar. Una filosofía de la historia latinoamericana*.¹

En el acuerpamiento recíproco de lo dialogal/dialéctico, de un lado, y de la Tabla de categorías, del otro, gracias a su inserción en el curso/discurso, se estará en condiciones de salvar los escollos, incluyendo los ideológicos, que bloquean amenazadoramente las rutas normales de comunicación.

Curso/discurso

CURSO se emplea en la acepción de procesos, hechos o acontecimientos que se dan en el tiempo y el espacio históricos, conforme a secuencias paratáxicas evidentes. Su espacialidad geográfica y su temporalidad, independientemente de que sean estructuras de duración larga o corta, responden a las características de la sociedad en que se producen. De ahí que “curso” se contemple como el referente obligado de cualquier discurso acerca de él, discurso considerado como una estructura de lenguaje determinado que, al darse en un curso determinado, lo produce o lo reproduce. En efecto, un discurso social es activo o pasivo, en tanto que modifique o no el curso en que se da, y trátase de un discurso político, económico, religioso, educacional, artístico, filosófico, científico, militar, diplomático etc.; trátase pues de un discurso social o cultural, para decirlo todo en dos términos.

Uso crítico y selectivo

DETRÁS de esta expresión se encuentra la cuestión del método que aquí, como en todo, es verdaderamente crucial. En efecto, ¿qué sería del tema de las izquierdas, y más en la época de una transición democrática, si no se aprovechara de un modo crítico la abundancia de datos al respecto que suministra el curso/discurso correspondiente?

Reviste tanta importancia el asunto que vale la pena detenerse en él, máxime que las izquierdas, desde sus orígenes en la Revolución Francesa, han adoptado siempre una postura crítica.

¹ México, CCYDEL-UNAM/Porrúa, 1997.

Por una cultura crítica

Es ilustrativo asomarse a la historia de la filosofía occidental, en los casos de cualquier investigación; más aún al tratarse de una empresa que acomete la filosofía de la historia. Se diría que constituye, entonces, una obligación, al arrojar mayor claridad y la máxima ayuda posible a fin de no caer en las trampas ideológicas.

No es pues un vano ornamento retórico recordar que la modernidad filosófica, en Occidente, proviene de la revolución cartesiana de la duda metódica: el cuestionamiento radical de supuestos principios hasta detenerse sólo en evidencias plenamente satisfactorias. Este camino lo seguirá Kant con sus tres grandes *Críticas*: la *Crítica de la razón pura*, la *Crítica de la razón práctica* y la *Crítica del juicio*.

El antidogmatismo que pone en obra impulsa a la razón a “una previa crítica de sus capacidades y alcances” (*Crítica de la razón pura*, prefacio de la 2ª edición, 1787). Saludable propósito que, lamentablemente, no podrá convertirse en algo más que filosofema. No arraigará en las costumbres políticas de la modernidad, como tampoco el apotegma latino que Marx consideraba como una guía de la acción: *de omnibus dubitandum* (hay que dudar de todo). En este caso, como en el de la Escuela de Frankfurt, es más grave: en todas las regiones, y a lo largo y lo ancho del siglo xx, la práctica marxista se instala en un dogmatismo fanático cuyo modelo involuntario es la Iglesia con sus artículos de fe. Los seguidores del marxismo y, concretamente, del Partido en posesión de la verdad absoluta, podían dedicarse a la tarea, sin escrúpulo alguno, de remover los obstáculos de cualquier clase que se interponían en el camino de la Revolución, representada por ellos (léase: por los dirigentes).

A decir verdad, no sólo la práctica marxista está asociada con la violencia antidemocrática. También lo está su doctrina revolucionaria, en su parte central que es la teoría del proletariado, en su conjunto, y no única y exclusivamente en lo que concierne a la postulación de la dictadura del proletariado. Ni siquiera el socialismo anarquista —Rocker, *vgr.*— ponderó bien esto. Mas no deja lugar a dudas, desgraciadamente, que al privilegiar a uno de los actores de la historia, se subestima al resto, en el mejor de los casos, si es que no se le condena a la picota, y no siempre en sentido figurado, como lo demuestra la historia del siglo xx.

La teoría del proletariado, cuya culminación lógica es su dictadura, responde a una bipartición de la sociedad en un esquema abstracto, dualista, completamente antidialéctico. Hace quedar de un lado a los buenos, destinados a redimir al género humano, tomando el cielo por asalto, conquistando el reino de la libertad (palabras textuales de Marx); los malos, en el extremo opuesto, son los dueños de los medios de producción que expropián el trabajo ajeno gracias a los mecanismos de la plusvalía generados al vender el trabajador su fuerza de trabajo.

En la traducción política correspondiente, aparecerá la teoría de la revolución proletaria, cuyo rostro verdadero es bien conocido: la instauración de un régimen totalitario, lisa y llanamente, si se atiende a la realidad de los hechos históricos, y no a la propaganda color de rosa.

No hubiera podido ser de otra manera. Tenía que conducir a la dictadura, y no del proletariado, el enfoque dualista “explotadores/explotados”, eficaz en su simplismo, pero inexacto en sus términos extremistas, antidialécticos. La dialéctica hegeliana, supuestamente corregida y mejorada por Marx, advirtió que lo verdadero y lo falso podían intercambiarse. En caso de haberle dado toda su importancia a tal enfoque, hubiera hecho de sedicente dialéctica marxiana, una dialéctica ejemplar que hubiese procedido a atenuar las oposiciones irreductibles entre burguesía y proletariado, revolución/reformismo, socialismos marxianos y no marxianos, capitalismo y socialismo etc. El estímulo consecuente a la virtud democrática de la tolerancia había creado una sociedad justa dotada de una cultura crítica, ejercitada en las estrategias flexibles de la dialéctica.

Pero además, por si fuera poco, al pasar de una descripción fáctica a una generalización teórica, cometiendo así una falacia imperdonable, se entró al terreno peligroso de la demagogia, debilitando innecesariamente las luchas del movimiento obrero de las izquierdas.

El punto de partida era inobjetable: la situación de la clase obrera en Inglaterra (1845), que Engels, como dueño de fábricas en Manchester, conocía bien. Su error consistió en atribuirle aquella situación coyuntural al movimiento obrero en su conjunto, pegando un salto mortal de lo particular y local a lo general y permanente, terreno de las estructuras invariables que no se dan en la historia.

Tal es la teoría marxiana de la clase universal, dotada en sí y por sí de un fermento de unidad revolucionaria capaz de borrar,

bajo la dirección de su vanguardia política, las diferencias y divisiones provocadas en su seno por el enemigo. Sin embargo, la diversificación proletaria se convirtió en uno de los hechos incontrovertibles de la segunda posguerra mundial, razón por la cual los marxianos críticos, como Marcuse, se dieron a la tarea de buscar desesperadamente un sucedáneo no proletario capaz de responder al cometido, cargado de responsabilidades, de un sujeto de la historia, único, por cierto, y bastante excluyente de cualquier noción pluralista preocupada por compartir responsabilidades.

* * *

CLARO está que el espíritu dogmático ha predominado en las revoluciones sociales a partir de la Revolución Francesa. De modo que al instaurar el nuevo orden se repetían los vicios del antiguo, las constituciones democráticas se quedaban en el papel, y eso en el mejor de los casos, pues lo peor era la instauración de regímenes de terror que culminaban en un Imperio (Napoleón, Stalin) o, si se quiere, en un partido de Estado administrado por un caudillo (modelo soviético, oriental, cubano) o por el presidente en turno (modelo mexicano).

Al llegar a este punto, se tiene el aquí y el ahora como sustento necesario de la presente investigación. En efecto, el uso crítico y selectivo se refiere a los materiales de ésta, al discurso, en consecuencia, ya que se trata de una cuestión metodológica. Sin embargo, ¿cómo negar su implantación histórica? ¿Qué es cualquier uso crítico y selectivo, no sólo el de estos materiales, fuera de su contexto social? Aquí es donde aparece nuestra transición democrática, cuyos trágicos Acteales no podrán frenarla, como tampoco lograron los atentados detener la transición española.

En 1998, México está saliendo de la preponderancia de una cultura política de partido de Estado, antidemocrática y acrítica, antidialéctica, extremista (o, mejor, extremosa), donde lo que no se ubicaba, políticamente, en el nicho privilegiado del Partido gobernante, conducía *a vivir en el error, fuera del Presupuesto*, según palabras de un pintoresco diputado de los años cincuenta, que respondía al apodo de "El Tlacuache".

La maciza pirámide política, sin fisuras, remataba en la misión providencial del Tlatoani supremo cuya función sagrada era salvaguardar los contenidos populistas de la Revolución, su pureza, sin permitir la injerencia excesiva de lo otro pero, sobre todo, del Otro.